

EL SÉPTIMO CÍRCULO

SANATORIO DE ALTURA

POR
MAX DUPLAN



Todo comienza cuando Giuseppe, el jefe de los jardineros de un sanatorio para mujeres adineradas, al efectuar una de sus habituales recorridas matinales, encuentra a la primera víctima de una serie de crímenes que llegan casi al punto de hacer tambalear el brillante negocio de los dueños de la clínica. Los acontecimientos se presentan y suceden en forma intrincada, consiguiendo infundir desaliento en el ánimo del comprensivo y humano inspector César Zelaya, de la policía de Jujuy. Sólo una más completa perspectiva de distancia y tiempo permite a éste desenredar la enmarañada madeja y hacer que la justicia cumpla su cometido.

Lector: El sanatorio a que se refiere esta novela, no existe. O, por lo menos, no existía cuando fue escrita. Si algún espíritu avizor, aprovechando las sugerencias contenidas en este libro, después de leerlo y de conocer el lugar de los hechos, decide instalar allí mismo una clínica como la que mi fantasía ha ideado, tanto mejor para él.

Con la sola excepción de mi protagonista central, ciudadano de carne y hueso aunque con nombre ficticio, todos los demás personajes son simple producto de mi mente latina, bautizados no con nombres exóticos que estarían fuera de ambiente, sino con apellidos reales, elegidos al azar mediante el método de la guía telefónica y el cuchillo. Cualquier coincidencia de la realidad con la fantasía, y viceversa, debe ser achacada a los editores de la guía.

PRIMERA PARTE

UN BORRACHO

JUJUY, capital de la provincia del mismo nombre, es una ciudad pequeña. Sus edificios, casi todos muy antiguos y de una sola planta, daríanle el aspecto de ciudad achatada, a no ser por las suaves ondulaciones del terreno donde ha sido levantada. Los dos ríos que la limitan por tres costados, el Grande y el Chico, se unen hacia el Este en ángulo muy agudo, presentando así la ciudad una configuración, en planta, de triángulo isósceles alargado, cuya base la forma una barranca que conduce al Alto de Nieva. El continuo incremento de su población, ha hecho que la primitiva ciudad se extienda fuera de estos límites naturales, tanto hacia el Alto de Nieva como en la margen opuesta, o derecha, del río Chico o Xibi-Xibi, constituyendo núcleos de poblaciones de nombres pintorescos. Su clima, excelente y seco durante todo el año, no excesivamente frío en invierno y fresco durante el verano a pesar de su proximidad al trópico de Capricornio, unido al espléndido panorama que presentan los alrededores montañosos y las coloridas quebradas, han hecho que el turista, quien al principio llega con alguna aprensión, se sienta de golpe atraído y enamorado de este privilegiado rincón del suelo argentino.

La margen o banda izquierda del río Grande se ha conservado prácticamente sin edificaciones. Resaltando de sus prados y chacras, y teniendo por fondo la verde sierra cercana, el turista que se pasea por la avenida costanera que bordea la ciudad, alcanza a ver un amplio y moderno edificio. Es el «Sanatorio de Altura y Clínica Río Grande». Los prospectos y anuncios de propaganda lo presentan como al sanatorio por excelencia, para personas del sexo fem-

ino exclusivamente, el cual pone al alcance de éstas no sólo una atención médica de primera sino un inmejorable clima de 1.250 metros de altura. Las comodidades del sanatorio también son de lo más modernas y de primera. El lector de los prospectos, sin que se mencione expresamente, podrá darse cuenta de que los precios y honorarios han de ser asimismo de primera, con lo que quedará entendido que se trata de un establecimiento de lujo.

Si bien es cierto que sus fundadores, al crearlo en el año 1947 tuvieron por objeto principal el beneficio que podría reportarles ese negocio, con verdadero criterio comercial supieron dotar al sanatorio de todos los adelantos en materia médica, a la par que recurrieron a los servicios de un buen arquitecto, quien proyectó y construyó el edificio con planta en forma de U, la parte central de dos pisos y los pabellones laterales de uno solo, pero con vista a futuras ampliaciones en elevación.

También el arquitecto ha dedicado su atención al diseño de los jardines que circundan al edificio, formando núcleos de árboles y arbustos aquí y allá, cercos de plantas perennes, canteros con especies de flores adaptables a la zona, y numerosos senderos, callejuelas y avenidas que se entrecruzan en el vasto terreno de más de cinco hectáreas en cuyo centro se destaca el sanatorio.

Nos encontramos en la mañana del 3 de mayo de 1951. Giuseppe, el viejo jardinero italiano, conocido familiarmente por «don Yusepe», efectúa su habitual recorrida acompañado de Sosa, el más antiguo de sus dos ayudantes. El frío de un invierno demasiado prematuro ha comenzado a dejarse sentir. Son las siete y media, y todavía el sol no ha asomado por sobre los cerros de la lejanía, pero a medida que avanzan por los senderos de ripio revisando a ambos lados los efectos del relente, el crepúsculo va desapareciendo para dejar paso a la claridad de un sol sin nubes. Don Giuseppe, siempre descontento, se queja en este instante de la hora oficial; se queja de este gobierno que hace

salir el sol una hora y media más tarde. No como en Italia, en que el sol sale justo a la hora en que tiene que aparecer.

—Porque usted ha de saber, Sosa, que allá en Italia el sol sale cuando debe salir, y las estaciones vienen cuando deben venir —prosigue en su lengua, mitad español, mitad italiano.

—No ha de ser tanto, don Yusepe —contesta socarronamente Sosa.

—Ma sí, señor. Te digo que en mi tierra el invierno empieza propiamente el veintiuno de diciembre, como dice el almanaque, y también el verano y el otoño. Y el veintiuno de marzo, día de la primavera, aparecen los pimpollos y los brotes en las plantas. Porque tenés que saber, muchacho, que allí, en Europa, las estaciones llegan seis meses antes que aquí.

—O seis meses después, don Yusepe.

—Ma, non me hagas enojar de nuevo, muchacho.

Luego de dar al «muchacho» una larga reprimenda por la falta de respeto a sus canas, y de convencerlo, quieras o no, de que son seis meses antes y no después, continúan caminando por el pedregullo. En eso, al pasar junto a un banco de cemento, el viejo, que va mirando un poco hacia adelante de los canteros a su costado, se detiene de súbito y lanza una exclamación.

—¡Ma Cristo! Otro borracho de purquería durmiendo en el cantero.

Dos zapatos de hombre, muy juntos el uno al otro, salpicados de brillantes gotas de rocío, asoman por entre los rosales. Sus puntas señalan hacia el cielo.

MUERTE VIOLENTA

Cuando Zelaya, comisario inspector de la policía de Jujuy, descendió del Willys frente al edificio, ya la noticia se había desparramado por toda la clínica. En varias ventanas de los bajos y de los altos asomaban los bustos de muchas internadas y de algunos hombres, casi todos de blanco. Frente a la entrada estaba esperándolo el director, doctor Rosenwald, quien se adelantó a saludar a Noriega, el médico policial. Éste realizó las presentaciones. Acompañados de varios empleados de la policía y del sanatorio, caminaron unos setenta metros por los senderos y, en un lugar cercano a un grupo de tilos, dieron con el cadáver. Giuseppe, sentado en el banco y sudoroso a pesar de la fresca mañana, repetía por centésima vez a una media docena de oyentes las circunstancias de su descubrimiento. De inmediato la fuerza policial se encargó de desalojar de la escena a todos los curiosos, quedando solamente Rosenwald y el viejo jardinero.

Mientras los pesquisas, a las órdenes del teniente López se dedicaban a sus ocupaciones convenientemente distribuidos, el doctor Noriega comenzó a revisar prolijamente el cadáver. De pie, a un par de metros, libreta en manos, Zelaya interrogó al director:

—Dice usted que el muerto es el médico interno García. ¿Está seguro de ello, doctor Rosenwald?

—No me cabe la menor duda.

—¿Lo revisó?

—Por supuesto, inspector. Pero después lo he dejado exactamente en el sitio y forma en que lo hallé. Conozco mis obligaciones.

—Gracias, doctor. Le ruego proseguir.

—Como podrá confirmar mi colega, el cadáver presenta solamente una perforación pequeña, posiblemente de bala, casi en el centro del occipital, sin orificio de salida.

—¿A qué hora efectuó la revisión? —Zelaya extrajo su reloj al hablar.

—Sosa, uno de los ayudantes del jardinero, me dio la noticia a las ocho menos diez, exactamente. Tres minutos después, a más tardar, estaba yo junto al muerto.

En ese momento terminaba Noriega su examen del cadáver. Su diagnóstico, como era de esperar, confirmó el del director de la clínica.

—¿Pueden ponerse de acuerdo acerca de la hora del fallecimiento? —preguntó Zelaya mirando a ambos galenos. Éstos conversaron durante unos instantes. Respondió el doctor Noriega:

—Hemos coincidido en que el fallecimiento ha debido producirse entre la una y media y la dos de la mañana. La muerte ha debido ser instantánea, ¿verdad, colega?

El doctor Rosenwald asintió.

—¿No ha descubierto otro dato de interés?

—Aparentemente, no veo ninguno. No he notado *contusiones ni signos de lucha*. Al realizar la autopsia tal vez podré ampliar mi informe. Como habrá usted observado, Zelaya, la posición que presenta el muerto no es natural. El cadáver, después del asesinato (que quizá se consumó mientras la víctima estaba sentada en este banco), ha sido arrastrado unos pocos metros. Y creo que no es necesario ser pesquiza para darse cuenta de que ha sido crimen y no suicidio.

—En efecto —concedió el inspector—. No veo que *aparezca el revólver*. Y *por la ubicación del agujero de entrada*, hasta un niño se daría cuenta de lo que usted dice. Además alguien, seguramente el propio homicida, se ha encargado, utilizando unas ramas, de borrar las pocas huellas de sus pisadas que, sin duda, ha debido dejar en la tierra del cante-

ro. Doctor Rosenwald: Estas cinco huellas de zapatos, cruzadas con dos rayas, son las tuyas, ¿verdad?

—Sí, inspector. Antes de acercarme al cadáver, tuve buen cuidado de pisar en terreno intacto, y luego marqué mis huellas con una cruz. Por otra parte —añadió al cabo de una pausa— he prohibido que nadie se acerque a menos de veinte metros del lugar, salvo el jardinero, a quien ordené que custodiara el cadáver.

Pero parece que el viejo, en su afán de sentirse escuchado, admirado y envidiado, ha permitido acercarse a varios empleados y a algunas pacientes curiosas.

Mientras hablaba Rosenwald, Zelaya se dedicó a observarlo. Era el médico director un hombre de escasa estatura, de unos cincuenta y cinco años, rechoncho y vivaz. Su cara rosada y regordeta, soportando unos lentes con montura de carey que hacían resaltar dos ojos de por sí saltones, veíase rematada por una frente redonda, sin arrugas, que se confundía con el resto de la cabeza, completamente calva. Daba la impresión de dinamismo, energía y, quizá, de reprimida astucia.

—¿Tiene algún inconveniente, doctor Rosenwald, en que la autopsia se haga aquí, en el sanatorio? —le preguntó el inspector—. Tengo interés en que se extraiga pronto el proyectil. ¿Puede poner manos a la obra en seguida, doctor Noriega? —se dirigió al médico de policía.

Ambos doctores aprobaron. El director de la clínica se retiró para disponer la venida de la ambulancia, no sin antes decir:

—Pueden pasar por mi despacho, si desean.

Durante toda la escena anterior, Giuseppe, el jardinero, se había retirado una veintena de pasos, haciendo como que podaba unos rosales. El inspector se le acercó.

—Usted es don Giuseppe, ¿verdad?

—Sí, inspector. Soy el jefe de los jardineros.

—¿Puede decirme cómo hizo para descubrir el cadáver del doctor García?

El hombre se lo contó. Mientras tanto, Zelaya extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos. Tomó uno para sí, y ofreció al jardinero. Éste rehusó servirse, sacando, en cambio, una pipa y tabaco. Cuando, entre pitada y pitada, terminó su relato, adornado con numerosas referencias a Italia, Zelaya preguntó:

—¿No encontraron el arma, usted o Sosa?

—No, inspector. No había nada.

—¿Alguno de ustedes borró las pisadas impresas sobre la tierra del cantero?

—No, señor. Yo, al principio creí que era un borracho, de los que a veces entran a dormir en el parque, mas, cuando en seguida vimos que era el doctor García lo toqué en la pierna y la moví. Como no se despertaba, le dije al muchacho que fuera paso vivo a avisar al director.

—Está bien. ¿Dónde vive usted?

—En una casita de mi propiedad, *con mi familia*, a un kilómetro de aquí.

—¿De modo que no duerme en el sanatorio?

—No, inspector. Tampoco mis ayudantes. Todos entramos a trabajar apenas hay luz, más temprano en verano y más tarde en invierno. Almorzamos en el sanatorio y en seguida descansamos un rato. Cuando por la tarde completamos nuestro horario de siete horas, nos retiramos, yo a pie, y los muchachos, aunque más jóvenes y fuertes, en bicicleta.

En ese instante llegó por el camino, hasta muy cerca de donde se encontraban, la ambulancia del sanatorio, de la que un enfermero y el chofer bajaron una camilla. Ayudados por algunos pesquisas cargaron el cadáver. Zelaya se despidió de don Giuseppe y, conjuntamente con el doctor Noriega, treparon al vehículo. Detrás quedaba un viejo italiano rezongón y unos cuantos hombres que en vano escudriñaban entre los arbustos tratando de encontrar el revólver.

EL DIRECTOR

El despacho del director estaba amueblado de acuerdo con la categoría del establecimiento, aunque sobriamente. En las paredes, muy pocos objetos: un reloj eléctrico frente al escritorio y, tras el sillón del director, un óleo de Ramoneda.

Zelaya se sentó en uno de los sillones de cuero junto a Rosenwald, quien ocupaba el sofá. Encendieron cigarrillos y hablaron de temas generales hasta que la mucama trajo el café. Mientras se servía dos cucharaditas de azúcar, el inspector comenzó a preguntar:

—¿Desde cuándo está usted, doctor, al frente de esta clínica?

—Desde la fecha de su inauguración, el 23 de agosto de 1947, aunque, en realidad, mis funciones comenzaron antes, puesto que sobre mí recayó la tarea ardua de aconsejar al arquitecto en todo lo referente a la distribución de los ambientes y de los servicios, para que la obra respondiera a las necesidades de una clínica moderna. También me ocupé de la adquisición del equipo, aparatos, elementos de trabajo, etcétera; de inspeccionar la obra durante su ejecución, de buscar personal competente y asegurar sus servicios y, finalmente, de organizarlo todo para que el día del Éxodo jujeño, fecha prevista para su inauguración, comenzara a funcionar sin tropiezos de ninguna especie, cosa de que me enorgullezco de haber conseguido. Como simultáneamente ya habíamos iniciado la propaganda en periódicos y en la radio, ese mismo día nos llegaron dieciséis pacientes, algunas de las cuales estaban esperando esa fecha en hoteles de la ciudad. En días sucesivos tuve la satis-

facción de ver que el sanatorio seguía llenándose hasta las tres cuartas partes de su capacidad actual, que es de ochenta camas, sin contar acompañantes. —Al advertir un dejo de sonrisa en los labios del inspector, Rosenwald también sonrió, y agregó—: Pero no vaya a pensar, inspector, que la parte comercial me interesa por sobre la profesional. En realidad, confidencialmente hablando, no todas las internadas son realmente enfermas. Una buena porción de ellas son mujeres ricas, de esas que, por no tener nada que hacer, se sienten enfermas y llenas de imaginarios achaques, a las que resulta inútil decirles que no padecen de ninguna afección. Como en sus domicilios acostumbran estar rodeadas de enfermeras y de médicos, mediante los servicios que les ofrecemos han conseguido resolver el intrincado problema de hacer turismo y de respirar aire sano de altura, sin abandonar su situación de enfermas, a la que ya se han aficionado.

—Le ruego, doctor —habló Zelaya una vez que el médico hubo terminado—, que nos refiramos ahora al muerto. ¿No tiene usted alguna pista que sugerir, algún incidente del cual pudo sobrevenir este asesinato?

—Francamente, inspector —respondió Rosenwald luego de reflexionar unos instantes—, no se me ocurre quién pudo ser el culpable, ni los motivos que pudo haber tenido para ejecutar el crimen. Usted, por supuesto, deseará conocer algunos datos referentes a la víctima. Se los haré llegar haciendo transcribir copia de su ficha personal. Puedo adelantarle que se trataba de un profesional de cerca de treinta y siete años de edad, con sus diez años de ejercicio de la profesión. Pertenece a este sanatorio desde hace unos tres años. Es argentino, nacido en el litoral, creo que en Santa Fe, y me parece que soltero... o, por lo menos, pasaba por soltero.

—¿Cuál era su especialidad profesional?

—En realidad, los cinco médicos (seis contándome a mí), de esta clínica, deben abarcar todo lo referente a seño-

ras, inclusive cirugía. Los casos más difíciles los reservo para mí, pero ellos se arreglan solos en las demás circunstancias. Tenemos anexa una sección maternidad. Durante los inviernos, época en que hay menos pacientes, toman, turnándose, su mes de licencia. Es claro que, cuando se presentan casos de enfermedades que por sus características excepcionales requieren la intervención de un especialista, nosotros mismos aconsejamos a la paciente recurrir a otra ciudad, tal como Buenos Aires o Córdoba, y aun al extranjero, ya que la salud de la enferma está por sobre todas las cosas.

—¿Qué personal reside en el sanatorio? —al preguntar esto, Zelaya extrajo su libretita y el lápiz.

—El personal administrativo y el de servicio, salvo el que por razones de guardia le corresponda pernoctar aquí, tiene su residencia fuera de la clínica. En cuanto a los médicos, parteras, practicantes, enfermeras, en una palabra, todo el personal profesional, puede vivir en el sanatorio, si lo desea. En general los solteros, o los viudos (como yo), vivimos en esta casa. Los demás residen en la ciudad. Es claro que, como ya dije antes, al que le corresponde hacer guardia, debe pasar la noche en la clínica. Concretando, e interpretando el sentido de su pregunta, inspector, puedo decirle que anoche a la hora del crimen estaban, o se supone que estaban en la clínica, las siguientes personas, que mencionaré por orden jerárquico: médicos: yo, García, Rolandi y Hudson; parteras: Galíndez; practicantes: Romero y Santana; enfermeras: Ramos, Albarracín, Grinberg y Malnatti. Además, el telefonista de turno —se interrumpió reflexionando durante unos segundos, y continuó—. Esta lista que acabo de dictarle es puramente teórica, y comprende solamente al personal de guardia más el que normalmente reside aquí, pero no hay que tomarla al pie de la letra, por dos motivos. ¿Prosigo, inspector?

—Desde luego, doctor. Me agrada sobremanera la forma suya de exponer las cosas.

—Gracias. Digo que no hay que tomarla al pie de la letra porque, en primer lugar, es muy posible que alguno de ellos, entre los que no tenían obligación de quedarse, haya pasado toda o parte de la noche afuera. En segundo lugar, a la inversa, sucede muchas veces que un empleado administrativo o profesional que reside en la ciudad, se queda a cenar y, a veces, a dormir, por propia voluntad. Como comprenderá usted, todo esto escapa a nuestro control, ya que lo único que exigimos es la presencia en sus puestos del personal de guardia. Pero —agregó con menor énfasis— imagino que le será fácil, inspector, establecer más o menos rápidamente quiénes realmente estuvieron en la clínica anoche, y quiénes no, para lo cual desde ya le doy carta blanca, tanto a usted como a sus subordinados. No deseo que este crimen quede impune y, aunque resulte algo impropio decirlo, en cierto modo, desde el punto de vista del crédito de la clínica, es menos desfavorable el hecho de que el muerto no haya sido alguna de las pacientes... aunque lo preferible habría sido que en el sanatorio nada hubiese ocurrido.

Zelaya lo escuchaba en silencio. Resultábale algo chocante la manera fría y especulativa como Rosenwald trataba este asunto de la muerte de un semejante. Indudablemente, la costumbre de tratar a la muerte tan de cerca, mano a mano, vuelve un poco insensibles a los profesionales de la medicina. El inspector estaba bastante familiarizado con crímenes y con el trato de cadáveres, pero cada vez que tenía ante sí los despojos de alguien que unos instantes o unas horas antes estuvo lleno de vida, nunca dejaba de sentir un algo, mezcla de emoción y de respeto.

—Doctor, ¿qué puede decirme de las enfermas en lo referente a la posibilidad de abandonar de noche la clínica?

—Si bien es cierto que con respecto al personal no se lleva ningún control, no sucede lo mismo en cuanto a la permanencia en el establecimiento o, mejor dicho, en el edificio, tanto de las enfermas como de sus acompañantes